

CUENTO N°112

TÍTULO: LA PÓCIMA

SEUDÓNIMO: YERBATERO 18

AUTOR: GERMÁN VLADIMIR ROJAS BARROS

Al concluir el verano, el gobierno decretó el inicio de la pandemia. Pedro Ramírez entendió que una grave crisis se desataría sobre la ciudad y el mundo. De inmediato, tumultos de personas con visiones catastróficas asaltaron los supermercados para vaciarlos de alcohol gel, cloro y alimentos. Como todos, imitó a los millares llenando su despensa de abarrotes.

También le inquietaba la llegada al barrio de una cantidad significativa de emigrantes que se hacinaban en casas de bajos alquileres. Se habían instalado en una construcción con servicios eléctricos antiguos que ocasionaron con el paso de los días, un voraz incendio. Se sumó también como afectada, la iglesia Manada Pequeña, ubicada al lado de la comunidad.

Pedro era un hombre sencillo. No tenía posiciones xenófobas como su compadre “Lucho”, quien veía en los extranjeros la fuente de todos los males, no obstante mostrar un interés desmedido por las mujeres de otro color. Finalmente lo que terminó por indignarlo, fue la recalada en una casa abandonada de la cuadra, de un personaje de presencia estafalaria apodado “el orangután”. Lo conoció en un puesto de aliños a comienzos de la pandemia comprando una importante cantidad de orégano y bicarbonato. Sorprendido, tuvo un leve impulso de consultar, más su presencia intimidante lo mantuvo callado. De mirada torva, rostro cruzado por una notable cicatriz y dentadura manchada, el sujeto de gran estatura, producía una natural sumisión. Pero la sorpresa mayor fue la sonrisa que derrochó al retirarse. La Junta de Vecinos intentó desalojarlo interponiendo una queja ante el municipio, más

el advenedizo presentó documentos como propietario. Pasar frente del inmueble, era la ruta obligada de Pedro al concurrir a la feria. Siempre lo veía en el antejardín con un jarro de aluminio en la mano. Y extrañamente sonreía a los transeúntes, pese a su inquietante rostro.

La pandemia comenzaba a incrementar su curva de ascenso, cuando tuvo su primer dialogo con él. De regreso de compras, sin percatarse, una de las bolsas se rompió dejando caer tomates frente al domicilio del aludido. Una voz gruesa venida tras sus espaldas, lo alertó. Al girarse lo vio, con los tomates en la mano, sonriéndole. Pedro le agradeció con gentileza, manteniendo una prudente distancia, pues era fama que el forastero no usaba mascarilla ni tampoco guardaba la necesaria distancia social.

Conversaron largamente. Al retirarse, no aguantó la curiosidad de consultar por la abultada cantidad de aliños adquiridos la segunda vez que convergieron en el mismo puesto. Sin desistir de la sonrisa e indicando el jarro de aluminio colocado sobre una mesita en el antejardín exclamo “mi agüela era una machi. Conocía muchas recetas y me enseñó algunas. Me indicó antes de morir, que en el futuro, habría muchas enfermedades infecciosas. Para combatirlas me dio una pócima, basada en cantidades exactas de orégano, bicarbonato, hojas de ortiga y diente de dragón, revueltas y maceradas, que me mantendrían a salvo de cualquier contagio”. -Calló un momento, luego expresó con convicción - “En ese jarro está el brebaje para luchar contra el virus” - - “¿Sí?”-replico Pedro, más por cortesía que por credibilidad. -” Así es” -volvió a enfatizar. -“pero hay un solo detalle. Las cantidades

deben ser las precisas”- A fin de parecer más amable, Pedro exclamó” ¿y cómo las logra?”—“fácil, tengo una pequeña pesa electrónica”- concluyó, sin abandonar su perenne sonrisa. En casa, desechó toda sospecha de persona violenta del extraño, pese a su apariencia. Ahora sentía que era una persona amena y social.

Una semana después del diálogo la pandemia se empinó en el gráfico. Era mediados de otoño. Los casos subieron cual espuma y la cuarentena no tardó en decretarse oficialmente. El virus alcanzó la comunidad de foráneos de la cuadra quienes fueron intervenidos por el sistema de salud público. Asimismo, fue cerrada la iglesia Manada Pequeña, pese a los airados reclamos del pastor. Y para congoja de Pedro, en el almacén del barrio se enteró que su compadre “Lucho” también dio positivo al vincularse en un romance furtivo con una de las emigrantes que asistía a Manada Pequeña. Desde esa fecha no salió más a la calle. Se acuarteló, pasando cloro en su casa a cuanto cosa fue hallada. También contabilizó con pánico, mientras le tiritaban los dedos, los días en que su compadre lo visitó por última vez.

Pasaron cuantiosos días y la lluvia se precipitó como diluvio sobre una tierra castigada con varios años de sequía. Un terror inimaginable se había apoderado de su persona. Solo se enteraba del mundo por los noticieros. No volvió a saber más de su extraño amigo. Alguien que lo llamo por teléfono, le confirmó el fallecimiento de tres extranjeros de la comunidad y del estado grave por el que había pasado su compadre “Lucho”, ahora convaleciente. No consultó por el extraño, pues sabía que quien le llamaba no era del barrio, pero de acuerdo a la bitácora entregada y a lo que traían los reportes diarios, debería estar muerto.

Después que el tiempo se consumió en un oscuro horizonte, grave y silencioso como carruaje funerario con su carga de difuntos, se levantó la cuarentena.

Y pudo regresar a la calle.

Una vez más, de camino a las compras, la inquietud lo obligó a detenerse frente a la casa del extraño. Desde afuera, a través de la reja, intentó ver a alguien. Fue en vano. Por una vecina, en el almacén del barrio, se enteró que no se le veía hacía mucho tiempo. Pedro confirmó lo que temía.

Cuando los casos iban a la baja y la pandemia acusaba retirada en su primera ola, un día de lluvia, una súbita granizada le exigió buscar protección. Percibiendo con asombro que la puerta de la reja del extraño estaba abierta, ingresó, resguardándose bajo el corredor. Mientras la granizada rompía la tierra, el ruido áspero de otra puerta abriéndose, lo obligó a girar su rostro. Como emergiendo de un oscuro túnel, lo vio, sonriéndole. Pedro quedó atónito. Al instante, cientos de preguntas lo asaltaron como jauría furiosa. No le salía la voz. El insólito vecino, intuyendo la natural confusión, explicó brevemente que había regresado a buscar unos papeles, que se iba. Que la casa estaba en venta. Lo expresó con tanta jovialidad que lo dejó impresionado. Al cesar la granizada, el sujeto se despidió. Pedro sintió una infinita aflicción y en un arrebato inédito le retuvo suavemente el brazo, consultándole casi con angustia, cual eran las proporciones de la pócima... Con indudable pena, expresó que no tenía tiempo, que lo esperaban. Al instante

Seudónimo: Yerbatero-18

con su índice apunto un vehículo estacionado cerca de la casa. Y sin dejar de sonreír, le señaló que para otra ocasión. Y salió rápidamente. Alguien que pasaba comentó después, profusamente, que vio a Pedro solitario bajo el alero con un raro semblante de angustia, como si hubiese visto una visión....

Desde entonces, la gente del barrio, señala que Pedro recorre toda la ciudad preguntando diligentemente por el "Orangután".

////////////////////////////////////